

En Aguirre-Dávila, E., *Diálogos 5. Discusiones en la Psicología Contemporánea*. Bogotá, D. C. (Colombia): Universidad Nacional de Colombia.

Prácticas de crianza, comportamiento prosocial y adolescencia.

Aguirre-Dávila, E.

Cita:

Aguirre-Dávila, E. (2016). *Prácticas de crianza, comportamiento prosocial y adolescencia*. En Aguirre-Dávila, E. *Diálogos 5. Discusiones en la Psicología Contemporánea*. Bogotá, D. C. (Colombia): Universidad Nacional de Colombia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eduardo.aguirre/11>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pkHo/nOO>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Diálogos⁵




Discusiones en la psicología contemporánea

Eduardo Aguirre Dávila
Editor

Departamento de Psicología
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, D. C., 2017



Prácticas de crianza, comportamiento prosocial y adolescencia

Resumen · Comportamiento prosocial y adolescencia · Prácticas de crianza y comportamiento prosocial de los adolescentes · Conclusiones · Referencias

Prácticas de crianza, comportamiento prosocial y adolescencia

Child-rearing Practices, Prosocial Behavior, and Adolescence

Eduardo Aguirre Dávila

Psicólogo,

profesor y director del grupo de investigación en Socialización y Crianza,

Departamento de Psicología,

Universidad Nacional de Colombia.

Correo electrónico: eaquirred@unal.edu.co

● Resumen

El comportamiento de los seres humanos frente a la adversidad de sus semejantes siempre ha suscitado interrogantes, en especial cuando las personas que brindan ayuda a los demás llegan a poner en riesgo su vida. En este escrito se presentan algunos hallazgos sobre el importante papel de la crianza en el desarrollo del comportamiento prosocial de los adolescentes.

● Abstract

The way as human beings behave in front of adversity of his fellows always raised questions, especially when persons who provide help to others put your life at risk. This paper presents some findings that show the important role of parenting in the development of prosocial behavior of adolescents.

A lo largo de la historia, filósofos y religiosos han dado diversas explicaciones sobre el comportamiento de ayuda a los demás. En el caso del cristianismo, la parábola del buen samaritano ha sido emblemática para explicar y formar a los fieles en la caridad, la ayuda y la compasión misericorde, acciones que distinguirían al cristiano practicante.

La parábola forma parte del evangelio según Lucas, capítulo 10 versículos 25 al 37, en los que se narra lo siguiente:

Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” Él le dijo: “¿Qué está escrito en la Ley?, ¿cómo lees?” Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Díjole entonces: “Bien has respondido. Haz eso y vivirás”. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “Y ¿quién es mi prójimo?” Jesús respondió: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una

posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: ‘Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.’ ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: “El que practicó la misericordia con él”. Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”. (La Biblia, 1983, p. 105)

En esta parábola hay tres situaciones que sería importante analizar para entender el verdadero mensaje y la enseñanza sobre la ayuda al prójimo para los cristianos.

Quien pregunta a Jesús sobre qué se ha de hacer para ganar la vida eterna es un doctor de la ley, que en el pueblo israelita es el que conoce y debe custodiar la ley mosaica del Antiguo Testamento. Jesús responde preguntándole “¿qué dice la escritura?”, a lo cual este doctor de la ley responde citando el Antiguo Testamento, en Deuteronomio 6, 4 y en Levítico 19, 18. Cuando este maestro de la ley pregunta entonces a Jesús: “¿quién es mi prójimo?”, lo hace con la intención de ponerlo a prueba, pues, en ese entonces había una discusión entre los maestros de la ley en cuanto a quién se debía considerar como prójimo, si solamente a los familiares, a los del mismo pueblo o a quien vivía cerca, pero lejos estaba de ellos considerar como prójimo a alguien fuera de las fronteras del pueblo elegido.

En esta parábola el ejemplo que da Jesús intencionalmente muestra como cumplidor de la ley no a un israelita sino a uno de sus enemi-

gos, a un samaritano. Entre los judíos y los samaritanos existía la prohibición expresa de tratarse entre ellos. Con esto da a entender que el mandamiento del amor al prójimo no se limita a aquellos que comparten con el cristiano sus principios y sus creencias sino que le exige ponerlo en práctica con todo ser humano, incluso con su enemigo.

Se ve en esta parábola que el modo como se debe ayudar al prójimo no se limita a una simple ayuda transitoria o momentánea, es un compromiso de acompañamiento hasta ver que el otro ha salido adelante o ha superado la dificultad. Por tanto, esta ayuda exige un darse de sí mismo, un incomodarse, un estar dispuesto a gastar dinero y tiempo.

Finalmente, la parábola del buen samaritano, como ya es costumbre de la pedagogía de Jesús, termina con una invitación a una acción concreta: “Vete y haz tú lo mismo”. Es la invitación a todos, cristianos y no cristianos, a trabajar por el otro, por la promoción y la dignificación de ese otro que es para los creyentes un hermano en Cristo. En otras palabras, en el mundo cristiano es responsabilidad de todo aquel que profesa la fe cristiana tener acciones concretas de solidaridad, de justicia y de fraternidad.

En cuanto a la filosofía occidental, el tema de la ayuda a los demás también ha convocado a los más diversos pensadores; se podría decir que todo sistema filosófico que desarrolló una concepción sobre la

naturaleza humana ha dedicado una parte importante de sus reflexiones a las acciones de los hombres que se distinguen por brindar ayuda a los demás, estas explicaciones se centran, por lo general, en establecer diferencias entre un actuar altruista y uno egoísta.

Entre los filósofos griegos el ser humano se caracteriza porque es esencialmente social, esto quiere decir, siguiendo a Sócrates, que es imposible concebir la vida humana por fuera de la polis (Πόλις); en sentido estricto, el actuar de los ciudadanos no puede darse sin que se tenga en cuenta a la comunidad.

Para los griegos, los hombres solo podían alcanzar una realización plena cuando, como respuesta a una exigencia moral, participaban activamente en la vida pública, donde las personas se ven en la necesidad de interactuar con más seres humanos. Este quid de la naturaleza humana, la esencia entendida como condición de posibilidad, se refiere a la alteridad radical del ser, la cual condiciona todo el actuar de los individuos. En el mundo griego, esta alteridad esencial es el marco de las acciones que van desde la amistad hasta la conformación del Estado.

De manera particular, en el reconocimiento del otro se sitúa el actuar altruista, acción que para los griegos estaba estrechamente relacionada con la noción de la amistad (φιλία). Para Platón, la amistad plantea un interrogante que será paradigmático en la comprensión de la ayuda a los demás, se trata de saber si actuamos movidos por buscar el bien de un amigo o si lo ayudamos por alcanzar un

beneficio propio. En *El banquete* afirma que “solo los amantes saben morir el uno por el otro”.

De acuerdo con Stiefken (2008), en esta relación entre altruismo y amistad

Aristóteles hace una distinción entre el amor o la amistad instrumental (por mutuo interés), y la amistad perfecta o amor al otro por sí mismo (la cual implica el ideal del amor como aspiración al bien supremo); la realización personal, para él, se da a través de este segundo tipo de amor, por medio de una relación de amistad perfecta con los otros. (p. 44)

Ahora bien, en el campo del conocimiento científico, en especial en el de la psicología social, el estudio de la conducta de ayuda a los demás es relativamente reciente. Como lo señalan Darley y Latané (1968), apoyados en el libro de Rosenthal (1964) titulado *Thirty-eight witnesses*, este interés surge a raíz de un caso emblemático que sucede a inicios de la década de los sesenta, en el que

una joven fue apuñalada a muerte en la mitad de la calle en una zona residencial de la ciudad de Nueva York. Aunque tales asesinatos no son rutinarios, el incidente recibió atención de la opinión pública solo hasta varias semanas después, cuando el *New York Times* reveló otro lado del caso: por lo menos 38 testigos habían observado el ataque —y ninguno de ellos intentó

intervenir—. Aunque el atacante tomó más de media hora para matar a Kitty Genovese, ni una de las 38 personas que observaba desde la seguridad de sus propios apartamentos salió para asistirle. Incluso ni uno levantó el teléfono para llamar a la policía. (Rosenthal, 1964, p. 377)

Este caso suscitó no solo el asombro y la indignación del público en general, sino que fue un hecho que intrigó a los científicos sociales de la época quienes formularon preguntas como: ¿La naturaleza humana es esencialmente egoísta o altruista? ¿Por qué los ciudadanos no responden al dolor o los dramas de sus conciudadanos? ¿Qué motiva a las personas a actuar de manera altruista? ¿El altruismo es el resultado de una exposición a ambientes altruistas o es una conducta determinada por los genes? ¿Solo los seres humanos se comportan de manera altruista o es un comportamiento compartido por otros animales? ¿El altruismo está en contravía de una economía de mercado? ¿Los seres humanos se mueven más por la optimización de sus recursos o son capaces de sacrificarlos para resolver de mejor manera situaciones conflictivas?

Estos interrogantes y muchos más reorientaron la labor investigativa en la ciencia, y es a partir de que las investigaciones sobre la conducta de ayuda se popularizan y diseminan en diferentes campos científicos, en donde se aúnan esfuerzos para encontrar explicaciones a las causas y a las consecuencias del actuar prosocial.

Para esta época encontramos que en el campo de la teoría de la evolución y de la biología, investigadores como Trivers (1971), Darlington (1978) o Axelrod y Hamilton (1981) intentan resolver interrogantes como por ejemplo: ¿El altruismo es más adaptativo que el egoísmo? ¿Bajo qué condiciones emerge la cooperación en un mundo de egoístas sin una autoridad central? ¿La selección del grupo de parientes permite reconciliar el egoísmo y el altruismo? ¿Qué similitudes y diferencias existen en el comportamiento social de los seres humanos y los primates superiores?

Este *zeitgeist* también marca el interés de las ciencias económicas, que si bien en el pasado ya habían incursionado en el estudio del altruismo, es en este periodo que se enfrentan a nuevos interrogantes referidos a la función que tiene el comportamiento altruista en la vida del *homo economicus*, en donde las matemáticas y la filosofía pragmática serán instrumentos útiles para responder si el mundo económico, principalmente el que se basa en la economía de mercado, podría incorporar acciones altruistas.

En otras palabras, el interrogante es si la maximización de recursos y del bienestar es solo una cuestión de las acciones individuales o no. Por ejemplo, Haney (1972) y Fitzgerald (1975) resumen el problema en la pregunta: ¿la función de consumo depende solo de la utilidad individual, esto es, solo de su propia tasa de consumo, o también es función de la tasa de consumo de su vecino?, o como lo

planteó más tarde Simon (1993), “los individuos no forman sus preferencias de manera aislada, sino en respuesta a eventos públicos y a información ampliamente difundida” (p. 160), aquí el altruismo asume una función importante, en especial porque se expresa en forma de lealtad con el grupo, donde es importante el altruismo recíproco. Así, de acuerdo con Simon, el altruismo, el derivado del grupo y de las lealtades organizacionales, juega un rol importante en la adaptabilidad económica.

Las ciencias sociales no son ajenas a este clima intelectual, en especial la psicología, campo en el que diversos investigadores, como por ejemplo Aderman y Berkowitz (1970), Batson, Håkansson, Chermok, Hoyt, y Ortiz (2007), Black, Wenstein y Tannur (1974), Cherry (2005), Eisenberg, Eggum y Di Giunta (2010), Eisenberg y Mussen (1978), Hastings, Utendale y Sullivan (2008), Hornstein, LaKind, Frankel y Manne (1975), Hoffman y Levine (1976), Dekovic (1997), Krebs (1970, 1975) y Levine Hoffman (1975) han planteado interrogantes del siguiente tenor: ¿el comportamiento de ayuda responde a normas sociales o es una característica propia de la naturaleza psicológica de los seres humanos?; ¿es una conducta que se aprende por observación o por condicionamiento operante?; ¿es una meta importante para el proceso de socialización?; ¿depende del nivel etario en el que se encuentre la persona?; ¿las acciones de ayuda dependen o no de am-

bientes altruistas?; ¿qué tanto las prácticas de crianza determinan el comportamiento prosocial?

De manera más específica, Eisenberg, Fabes y Spinrad (2006) sostienen que el interés por conocer las características y el desarrollo del comportamiento prosocial se debe a su importancia en la cualificación de las interacciones entre individuos y entre grupos; la sociedad necesita que se promuevan comportamientos sociales que contribuyan a la convivencia, a la tolerancia y a la participación activa de los ciudadanos.

En otras palabras, es necesario que promueva lo que Carlo, Eisenberg y Knigh (1992) denominan comportamientos sociales positivos. Por esta razón, es imprescindible definir con la mayor precisión posible el concepto, reconociendo que esta labor siempre será transitoria, debido a que el conocimiento científico está en continuo movimiento; en palabras de Kuhn (2004), sometido a las revoluciones científicas.

En esta línea se inscriben los trabajos de Nancy Eisenberg, una autora clásica en este campo. Esta investigadora parte del hecho de que existen diferencias entre el comportamiento prosocial y el altruismo. Ella sostiene que

Aunque hemos usado los dos términos, conducta prosocial y altruismo, para hacer referencia a comportamientos posi-

vos, los definimos de manera algo diferente. “Comportamiento prosocial” hace referencia a las acciones voluntarias que son planeadas para ayudar o beneficiar a otro individuo o grupo de individuos [...] “Altruismo” se refiere a un tipo específico de conducta prosocial —acciones voluntarias planeadas para beneficiar a otro las cuales están intrínsecamente motivadas— esto es, actos motivados por impulsos internos tales como el interés y la simpatía por otros, o por valores y auto-recompensas más que por ganancia personal. (Eisenberg & Mussen, 2003, p. 3)

Ahora bien, es necesario detenernos para delimitar un poco más estos dos conceptos, con el propósito de alcanzar una mejor comprensión de ellos y establecer sus alcances en el mundo académico actual.

Empecemos diciendo que los dos términos comparten la característica de ser acciones específicas y no solo actitudes, con lo cual se quiere resaltar el hecho de que la prosocialidad y el altruismo se concretan en el hacer, por lo que tienen consecuencias inmediatas sobre los sujetos que realizan tales acciones y estas pueden llegar a ser lo suficientemente comprometidas como para poner en riesgo la integridad de las personas.

Janssens y Dekovic (1997) añaden que se debe diferenciar el comportamiento del razonamiento prosocial; de acuerdo con estos autores, el

comportamiento prosocial se refiere a la preocupación por otra persona que implica un coste neto para el actor. Estas acciones incluyen el compartir, consolar o ayudar a otro en peligro, y hacer una donación a una persona necesitada. El razonamiento prosocial moral implica elaborar juicios acerca de los conflictos en los que el individuo tiene que elegir entre satisfacer sus deseos y necesidades y las de los demás en un contexto en el que las leyes, los castigos, las autoridades, las obligaciones formales y otros criterios externos son irrelevantes o no destacados. (p. 509)

A este respecto, Caprara, Alessandri y Eisenberg (2012) señalan que el comportamiento prosocial tiene claras consecuencias positivas sobre la persona que realiza este tipo de acción, quiere decir que se manifiesta algún tipo de beneficio personal o para la sociedad en general. Como en el caso de “los niños prosociales [quienes] se desempeñan mejor en la escuela y tienen menos riesgo frente a los problemas de comportamiento” (p. 1289).

Compartir, ayudar y las formas de comportamiento cooperativo son el sello distintivo de la competencia social en la infancia y la adolescencia. Además, estos comportamientos se han relacionado teórica y empíricamente con otras formas de competencia social, tales como la aceptación y aprobación social (por ejemplo, Bukowski y Sippola, 1996; Newcomb, Bukowski,

y Pattee, 1993), y con las competencias intelectuales tales como el rendimiento académico (por ejemplo, Wentzel, 2003). (Wentzel, Filisetti, & Looney, 2007, p. 895)

Otro aspecto que comparten el comportamiento prosocial y el altruismo es el hecho de que se reconoce en estos el valor del interlocutor; en términos filosóficos, son actos que se configuran en la radical alteridad del ser. Ya lo veíamos en la parábola del buen samaritano, cuando se actúa ayudando a otro individuo se supone el reconocimiento de su dignidad, este se nos presenta como el horizonte para nuestras acciones. En términos de Kant, este tipo de acciones está sujeto a un imperativo categórico en el que la dignidad humana se torna en principio regulador, en modelo de vida orientado por valores. Este filósofo alemán resume lo anterior en la expresión “Obra solo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que esta se constituya en ley universal”.

De esta manera, la acción de ayudar a los demás pone en evidencia que los seres humanos nos distinguimos por el hecho de que nuestra realización, muchas veces a nuestro pesar, se da en función de la relación social fundamental, en el entendido de que lo social significa establecimiento de vínculos o sociedades significativas.

Ahora bien, de manera más específica se puede afirmar, siguiendo a Fetchenhauer, Flache, Buunk, y Lindenberg (2006), que el comportamiento prosocial se expresa en “la voluntad [...] para ayudar a

otros que se encuentran pasando necesidades, para contribuir al bien común, para mostrarse digno de confianza y para ser justo y considerado” (p. 3).

Si bien es posible reconocer la solidaridad en otras especies, es en el hombre en el que se expresa como comportamiento prosocial, de tal forma que se manifiesta como un tipo de acción más compleja, dado que se define por la necesidad de colaborar con los otros, apoyándose en valores y principios éticos.

Así, aunque en sus orígenes se relaciona con el comportamiento cooperativo en general, conforme va tomando una forma más humana esta conducta expresa determinaciones sociales. Es aquí en donde la familia juega un papel importante en cuanto que es el medio más significativo para la configuración de la solidaridad y la ayuda a los demás, y su puesta en práctica en las más diversas situaciones de la vida diaria de las personas.

En cuanto al altruismo se puede decir que es “la preocupación desinteresada por el bienestar de los otros. Para formularlo de manera diferente, es lo opuesto al egoísmo. Una persona altruista se preocupa y ayuda incluso cuando no se ofrezca o espere ningún beneficio a cambio” (Lee, Kang, Lee, & Park, 2005, p. 147).

Por otro lado, se puede decir que en el altruismo “la motivación del que ayuda se caracteriza por la toma de perspectiva y la empatía

(Bierhoff, 2002, p. 9), y además en este resaltan cuatro aspectos claves: 1) son acciones voluntarias y desinteresadas, 2) existe la percepción del grado de vulnerabilidad, 3) se subestima el costo y el beneficio de las acciones propias, y 4) el vínculo hacia los otros está determinado por la empatía-simpatía.

En el altruismo si bien la empatía y la simpatía “están basadas en la comprensión de la situación del otro [...] solo la simpatía involucra sentimientos de preocupación por el otro, aunque no es la misma sensación que el otro pueda experimentar” (Malti, Gummerum & Buchmann, 2007, p. 278).

Eisenberg, Sadovsky y Spinrad (2005) definen la empatía como una respuesta afectiva que se deriva de la aprehensión o comprensión del estado o condición emocional, y es algo similar a lo que la otra persona siente en esa situación determinada.

Así, si una persona observa a alguien que está triste y, consecuentemente, se siente ella misma triste, esta persona está experimentando empatía. Algunas veces la respuesta inducida vicariamente es el resultado de la exposición directa a la emoción del otro. Adicionalmente, si una persona observa a otro individuo en una situación que pudiera suscitar tristeza (p. e., en el funeral de alguien querido), el observador puede experimentar tristeza empática [...]. En este caso, se supone que al-

macena información acerca de los efectos de estar en una situación determinada (p. e. experimentando la muerte de un ser querido) (...) Así, la respuesta empática puede ser bastante automática (aunque debe involucrar al menos alguna diferenciación) o basarse en procesos cognitivos con acceso a información relevante sobre el estado emocional de otro. (p. 75)

Bierhoff y Rohmann (2004) a este respecto sostienen que

la idea básica es que el interés empático, como una respuesta a una situación específica de un observador que da testimonio de la condición de otra persona, motiva el comportamiento altruista, el cual es llevado a cabo principalmente como un intento por reducir el sufrimiento de la otra persona. (p. 351)

Así, este interés altruista como motivación real e intrínseca, que impulsa a las personas a ayudar a otras que se encuentran en una situación de infortunio, “es una forma de emoción empática en la que el observador está imbuido con sentimientos de compasión, ternura y simpatía en respuesta al infortunio de otra” (Smith, Keating, & Stotland, 1989, p. 641).

Las personas que se ven impulsadas por la empatía se comportan de manera segura aun cuando tengan que hacer grandes sacrificios.

Respecto a la simpatía, Eisenberg, Sadovsky y Spinrad (2005) afirman que se trata de una respuesta emocional derivada de la detec-

ción que hace una persona del estado o condición emocional del otro, pero que no necesariamente debe ser similar a lo que esta siente, sino que solamente es la detección de los sentimientos de tristeza o preocupación presentes en el otro.

Así, si un niño ve a una niña triste y siente interés por ella, él está experimentando simpatía. Tal reacción simpática frecuentemente se basa en la tristeza empática (o una emoción empática relacionada), aunque es probable que la simpatía también se pueda basar en la toma de perspectiva o en el acceso a información de la memoria que esté relacionada con la experiencia del otro (adicional o en lugar de la empatía). (p. 76)

Finalmente, se puede afirmar que con el altruismo nos encontramos frente a una conducta considerada como un subgrupo del comportamiento prosocial, que se caracteriza por que las acciones encaminadas a beneficiar a los otros son el producto de una motivación intrínseca.

De acuerdo con Eisenberg y Mussen (2003), en estos actos el interés por los otros está guiado más por los valores, las metas y la auto-recompensa internalizadas y menos por el afán de recibir recompensas sociales o por evitar el castigo. Además, Carlo (2006) y Eisenberg, Fabes y Spinrad (2006) sostienen que el comportamiento altruista frecuentemente es inducido por la simpatía y la internalización de normas/principios consistentes con la ayuda a los demás.

Al respecto, Carlo y Randall (2002) afirman que

debido a que el ayudar está principalmente relacionado con las necesidades que otros tienen de recibir asistencia, estos comportamientos tienen a veces un coste para el que presta ayuda. Aunque los académicos han discutido si existen conductas altruistas [...], hay al menos tres líneas de evidencia que apoyan la existencia de altruismo [...]. Primero, los investigadores han presentado evidencias de la heredabilidad de la simpatía [...] la cual se considera evolutivamente adaptativa. Segundo, hay evidencia longitudinal de la estabilidad en la tendencia a comportarse de una manera prosocial en la infancia y adolescencia [...]. Y, en tercer lugar, los investigadores han encontrado asociaciones significativas entre las variables de personalidad y comportamientos prosociales en diferentes contextos. (p. 32)

Ahora bien, en el caso de la definición del comportamiento prosocial, no obstante que en ella se hacen evidentes ciertas contradicciones, debido principalmente a que se apoya en diferentes perspectivas teóricas, se ha podido desarrollar un marco de referencia más amplio en el que se incorporan algunas características generales de este comportamiento.

Una expresión de estas contradicciones surge cuando se pretende determinar hasta qué punto cierta conducta puede ser o no conside-

rada prosocial; por ejemplo, cuando se habla de conducta social positiva, esto es, un comportamiento socialmente valorado, resaltan dos tipos de conductas: las que se consideran como producto de la búsqueda del beneficio mutuo del benefactor y del beneficiado, y las que suponen un beneficio solo para una de las partes involucradas.

En esta distinción se hace énfasis en la noción de “beneficio”, que trae consigo la necesidad de acudir a un criterio motivacional para definir prosocialidad, el cual ha sido planteado en términos de motivación altruista y no altruista.

En esta línea de pensamiento, González (1992) sostiene que la definición del comportamiento prosocial implica dos posturas: a) los que consideran la prosocialidad al margen de la motivación, y b) los que incluyen la motivación del acto en la definición, con lo cual se justifica el empleo de diferentes términos para referirse al comportamiento prosocial.

En el caso de la primera postura, el interés por ayudar a los demás se analiza desde una perspectiva conductual, en la que el centro del análisis está en la determinación de las contingencias que facilitan la aparición del comportamiento prosocial. En esta concepción se reúnen prosocialidad y altruismo. En la segunda, el énfasis está puesto en la determinación del tipo de motivo que impulsa a una persona a buscar el beneficio de los otros. En este caso se mantiene una diferencia entre comportamiento prosocial y

altruismo, dado que se reconoce la existencia de una motivación de carácter altruista.

A pesar de estas diferencias conceptuales, según González (1992) se ve una tendencia más definida a aceptar que el comportamiento prosocial abarca diferentes expresiones de la ayuda a los demás, por lo que este comportamiento implica distintas conductas interpersonales, tales como ayudar, compartir, cooperar, dar, restituir o ser altruista.

Apoyado en este consenso, González concibe el comportamiento prosocial como toda conducta social positiva con motivación altruista o sin ella, demarcación que es complementaria a la definición dada por Eisenberg, Fabes y Spinrad (2006), en la cual se estima la conducta prosocial como un comportamiento voluntario con la intención de beneficiar a otro. Definición que actualmente tiene mayor respaldo y en la que el altruismo, como se mencionó más arriba, se constituye en un subgrupo de la acción prosocial.

● **Comportamiento prosocial y adolescencia**

Más allá de esta delimitación del concepto de prosocialidad, surge en la década de los noventa un fuerte interés por conocer de manera particular el comportamiento prosocial de los adolescentes, en especial el modo como razonan y actúan prosocialmente en la temprana adolescencia. La atención hacia esta población está motivada por el papel protagónico que ha venido alcanzando en la

sociedad, tal como lo señalan las investigaciones sobre juventud (Marín & Muñoz, 2002; Miles, 2006; Nila & Feixa, 2006; Pedersen, 2002), las cuales hacen evidente que el nuevo rol de los adolescentes se debe, entre otras razones, a los cambios en la dinámica y estructura familiar, a la modificación de los hábitos de consumo, a la gran influencia de la tecnología informática y de comunicación, y a la globalización.

Los adolescentes de hoy se enfrentan a un mundo abierto y comunicado, que hace que sus relaciones interpersonales se tornen más exigentes y con un serio peligro de entrar en conflicto. Esto ha conducido, tal como lo afirman Carlo, Hausmann, Christiansen y Randall (2003), a que

haya un aumento en el interés por los comportamientos sociales positivos de los adolescentes, especialmente en la comprensión de las características de éstos [...]. Gran parte del reciente interés se desprende de la labor de académicos e investigadores, quienes sostienen que para el desarrollo de programas efectivos dirigidos a reducir las conductas riesgosas y antisociales es necesaria una mejor comprensión del desarrollo social positivo. (p. 108)

Ahora bien, diferentes estudios han mostrado que el comportamiento prosocial contribuye positivamente en el desempeño esco-

lar de los adolescentes y en las relaciones con sus pares. Delgado, Torregrosa, Inglés y Martínez (2006) e Inglés et ál. (2005) sostienen que en la adolescencia la prosocialidad impulsa la formación de las relaciones positivas, promueve el mantenimiento del bienestar personal y grupal, y facilita la aceptación por parte de los compañeros de estudio y de los profesores, todo lo cual contribuye a mejorar el ajuste de los adolescentes a las condiciones de las interacciones personales y al cumplimiento de las exigencias escolares.

Respecto a la relación entre comportamiento prosocial y desempeño escolar positivo, la investigación en este terreno (Caprara, Barbaranelli, Pastorelli, Bandura, & Zimbardo, 2000; Eisenberg, Sadovsky & Spinrad, 2005; Welsh, Parke, Widaman, & O'Neil, 2001; Wentzel, 1991, 1993) ha evidenciado una alta correlación entre la prosocialidad y los buenos resultados académicos en el colegio. Asimismo, se observa un “fuerte impacto positivo sobre el posterior logro académico y la preferencia social” (Caprara, Barbaranelli, Pastorelli, Bandura, & Zimbardo, 2000, p. 302).

También hay evidencia respecto al rol del comportamiento prosocial en la promoción del aprendizaje de niños y adolescentes en el aula de clases, el cual se ve favorecido porque este tipo de comportamiento fomenta el intercambio entre pares y una mejor relación con los profesores (Birch & Ladd, 1998; Miles & Stipek, 2006; Wentzel, 1993).

Por otro lado, investigadores como Carlo, Hausmann, Christiansen y Randall (2003), Eisenberg, Fabes y Spinrad (2006), Garaigordobil (2006), Garaigordobil y García (2006), Padilla-Walker, McNamara, Carroll, Madsen y Nelson (2008), Welsh, Parke, Widaman y O'Neil (2001) explicitan que cuando se compara el comportamiento prosocial de niñas y niños encuentran que las niñas demuestran con más frecuencia este tipo de comportamiento. Malti, Gummerum y Buchmann (2007) afirman que las niñas son más simpáticas que los niños y tienen mayor motivación moral, dos aspectos que predicen su comportamiento prosocial.

En el caso de los adolescentes, Spinrad, Eisenberg y Bernt (2007) sostienen que las adolescentes exhiben una mayor tendencia al altruismo y una emocionalidad prosocial más alta que los hombres, pero estos últimos muestran más comportamientos prosociales en público que las muchachas. Asimismo, estos investigadores encuentran que los adolescentes tienen más probabilidad de demostrar tendencias prosociales que los preadolescentes.

En cuanto a la relación entre comportamiento prosocial y pares, se evidencia que los adolescentes cuyos amigos expresan acciones prosociales tienden también a comportarse de manera prosocial y que la aceptación por parte de los pares se ve favorecida por este tipo de comportamiento (Barry & Wentzel, 2006; Wentzel, Barry & Caldwell, 2004; Wentzel & McNamara, 1999). McNama-

ra y Wentzel (2006) encontraron que “los amigos son similares en el grado en el que expresan comportamientos prosociales y están motivados a hacerlo” (p. 153).

● **Prácticas de crianza y comportamiento prosocial de los adolescentes**

Las prácticas de crianza son una forma particular de relación entre padres e hijos, que principalmente se manifiestan en el seno de la familia y que están configuradas por dos dimensiones básicas: control y apoyo. La primera dimensión brinda una estructura a la vida de los niños, porque crea límites para su accionar; y la segunda da el apoyo afectivo necesario en la construcción de una base segura para las relaciones interpersonales.

Una mirada más atenta al proceso de crianza muestra que es posible identificar un subconjunto de dimensiones bipolares que son claves para el desarrollo de las características cualitativas del clima emocional que envuelve la interacción entre padres e hijos (Skinner, Jonhson, & Snyder, 2005). Estas dimensiones son: a) cariño vs. rechazo, la cual hace referencia a los cuidados parentales que se dan sobre la base del amor y el afecto; b) estructura vs. caos, díada que se relaciona con la organización de la vida de los niños, condicionada por la disciplina y la autoridad, factores que facilitan la interiorización de los límites y las normas que permiten la autoeficacia y el ajuste a la cultura de los niños; y c) apoyo a la autonomía vs. coerción, que se

refiere a las acciones de los padres que se orientan a apoyar la libertad de expresión y la motivación intrínseca de los niños.

Otro aspecto que caracteriza a las prácticas de crianza, como relación asimétrica que se da entre los progenitores y los niños, es la bidireccionalidad, la cual se manifiesta según el nivel etario en el que se ejerce la función de cuidado. A este respecto, Collins, Maccoby, Steinberg, Mavis y Bornstein (2000), Elkins, Fite, Moore, Lochman y Wells (2014), Galambos, Barker y Almeida (2003), Lansford et ál. (2011), French, Dumas, Moreland y Prinz (2014) señalan que los resultados de diferentes estudios son consistentes con el modelo bidireccional, e indican que los padres y niños ajustan su comportamiento según la respuesta del otro. No solo los padres influyen en el proceso de socialización de sus hijos sino que estos también modifican significativamente el comportamiento de sus progenitores.

Con el arribo de la adolescencia la vida familiar sufre diferentes cambios, en especial por la redefinición del rol de los hijos adolescentes; se establece una renegociación en torno al modo como estos asumen los deberes y responsabilidades en el hogar. Además, se modifican las expectativas de los padres frente al comportamiento de los adolescentes, las cuales se debaten entre el fortalecimiento de la autonomía y el monitoreo de la vida social, debido a los riesgos que implica esta etapa de la vida, en la cual el adolescente se ve expuesto al consumo de alcohol y drogas, al embarazo indeseado y a conductas antisociales.

De manera particular, en cuanto al papel de las prácticas de crianza en el desarrollo de la prosocialidad de los adolescentes, existe suficiente evidencia que señala su importancia en la configuración del comportamiento prosocial; así lo evidencian Dekovic y Jassenns (1992), Eisenberg, Eggum y Di Giunta (2010), Fabes, Eisenberg, Karbon, Bernzweig, Speer y Carlo (1994), Hardy, Carlo y Roesch (2010), Janssen (2012), Mestre, Tur, Samper, Nácher y Cortés (2007), Wentzel, Filisetti y Looney (2007), entre otros.

En la asociación entre prácticas de crianza y comportamiento prosocial, Mestre, Samper, Tur y Díez (2001) señalan que

una mayor implicación de los padres en la educación de los hijos se relaciona con una mayor disposición a ayudar (empatía y conducta prosocial). Esta mayor disposición prosocial inhibe las conductas agresivas, por lo tanto, las prácticas paternas que incluyen apoyo y control contribuyen también a la regulación de emociones. (p. 55)

Knafo y Plomin (2006) y Knafo, Israel y Ebstein (2011) sostienen que existe una vasta literatura que demuestra que las prácticas de crianza positivas ejercen un papel importante en el desarrollo del comportamiento prosocial. Afirman que prácticas de crianza relacionadas con la disciplina inductiva, el soporte emocional o el impulso de la autonomía de niños y adolescentes se han visto asociadas a comportamientos empáticos y prosociales. Por el contra-

rio, “las relaciones cargadas de hostilidad, críticas y rigidez excesivas, junto con una actitud de rechazo o ignorancia del hijo/a inhiben la disposición prosocial” (Mestre, Samper, Tur, & Díez, 2001, p. 55).

Ahora bien, la influencia de las prácticas de crianza en el comportamiento prosocial no actúa directa y mecánicamente, sino que depende de las capacidades socio-cognitivas de los niños y adolescentes, las cuales se configuran como una instancia mediadora entre las acciones de los padres y la conducta de los niños y adolescentes (Hardy, Carlo, & Roesch, 2010).

Así, en diferentes estudios (Grusec & Goodnow, 1994; Padilla-Walker, & Carlo, 2007; Sim & Koh, 2003; Wyatt & Carlo, 2002) se ha observado que las expectativas, en especial de los adolescentes, sobre las reacciones de los padres respecto a su comportamiento prosocial o antisocial, se han visto relacionadas con la internalización de los valores paternos; cuando los adolescentes les atribuyen intenciones positivas a las demandas de los padres, son capaces de internalizar mejor los valores que los padres intentan transmitirles.

Otro aspecto que es importante es el uso de las recompensas como un medio para orientar el comportamiento de los niños. Las prácticas de crianza que emplean la recompensa social antes que la material para estimular las acciones de los niños y los adolescentes tienen efectos positivos. Al respecto, Carlo, McGinley,

Hayes, Batenhorst y Wilkinson (2007) afirman que este tipo de práctica de crianza favorece valores prosociales, mientras que el refuerzo material termina socavando dicho comportamiento.

Los autores antes citados mencionan que otra dimensión de las prácticas de crianza que se relaciona positivamente con el desarrollo del comportamiento prosocial es el tipo de conversación que entablan los padres con sus hijos. Afirman que los padres que sostienen diálogos con sus hijos acerca de temas morales y de acciones sociales facilitan que estos internalicen los valores y principios de los padres y los expresen en comportamientos prosociales. “Las conversaciones frecuentes entre padres e hijos se espera que faciliten las relaciones interpersonales cercanas, las cuales deberían fomentar la empatía, la simpatía y las relaciones interpersonales prosociales” (Carlo, McGinley, Hayes, Batenhorst, & Wilkinson, 2007, p. 150).

Velásquez, Barrera y Bukowski (2006) encontraron que

el control restrictivo y el modelo moral de los padres se relacionan con el comportamiento moral de sus hijos preadolescentes y que esta relación se encuentra mediada por el desarrollo de la autovaloración de los niños. Además, se encontró que la relación del modelo moral con el comportamiento moral es mediada por la simpatía. (p. 153)

Así, las prácticas de crianza centradas en la buena comunicación, la disponibilidad y el grado de apoyo percibido favorecen la expresión de comportamientos prosociales en los adolescentes.

Finalmente, es importante señalar que diferentes investigaciones han puesto en evidencia la relación entre la expresividad positiva en las prácticas de crianza con las respuestas empáticas de los niños. Eisenberg, Fabes, Shepard, Cumberland y Losoya (2004) afirman que la expresividad emocional, entendida como una manifestación dominante en la expresión verbal y no-verbal de las prácticas de crianza, contribuye al desarrollo de respuestas empáticas y prosociales en los niños y adolescentes.

● Conclusiones

En conclusión, se puede afirmar que en la expresión del comportamiento prosocial no solo se beneficia la persona que recibe la ayuda sino que quien realmente sale favorecido es el que presta la ayuda.

Se evidencia que los adolescentes que presentan comportamientos prosociales se benefician porque tienen relaciones positivas y se les facilita la aceptación por parte de los pares. Además, vale la pena resaltar que la prosocialidad en los adolescentes se asocia a buenos resultados académicos en el colegio y a la demostración con más frecuencia de simpatía y motivación moral.

Respecto a la relación entre crianza y comportamiento prosocial, se ha puesto en evidencia que las prácticas de crianza positivas ejer-

cen un papel importante en el desarrollo del comportamiento prosocial. Así, prácticas relacionadas con la disciplina inductiva, el soporte emocional y el impulso de la autonomía promueven comportamientos empáticos y prosociales en los adolescentes. Finalmente, se ha observado que las prácticas de crianza que emplean la recompensa social son más efectivas para estimular las acciones prosociales que la recompensa material y que el diálogo de los padres con los adolescentes sobre temas morales y acciones sociales facilita la expresión de este tipo de comportamientos.

● Referencias

- Aderman, D., & Berkowitz, L. (1970). Observational set, empathy and helping. *Journal of Personality and Social Psychology*, 14, 141-148. doi: 10.1037/h0028770
- Axelrod, R., & Hamilton, W. D. (1981). The evolution of cooperation. *Science*, 211, 1390-1396.
- Barry, C. M., & Wentzel, K. R. (2006). Friend Influence on Prosocial Behavior. The Role of Motivational Factors and Friendship Characteristics. *Developmental Psychology*, 42(1), 153-163. doi: 10.1037/0012-1649.42.1.15
- Batson, C. D., Håkansson, J., Chermok, V. L., Hoyt, J. L., & Ortiz, B. G. (2007). An Additional Antecedent of Empathic Concern: Valuing the Welfare of the Person in Need. *Journal of Personality and Social Psychology*, 93(1), 65-74.
- Bierhoff, H-W. (2002). *Prosocial Behaviour*. East Sussex: Psychology Press.
- Bierhoff, H-W., & Rohmann, E. (2004). Altruistic personality in the context of the empathy-altruism hypothesis. *European Journal of Personality*, 18, 351-365. Doi: 10.1002/per.523
- Birch, S., & Ladd, G. (1998). Children's interpersonal behaviors and the teacher-child relationship. *Developmental Psychology*, 34, 934-946. doi:10.1037/0012-1649.34.5.934
- Black, Ch. R., Wenstein, E. A., & Tannur, J. M. (1974). Self-Interest and Expectations of Altruism in Exchange Situations. *The Sociological Quarterly*, 15(2), 242-252. doi: 10.1111/j.1533-8525.1974.tb00891.x
- Caprara, G. V., Alessandri, G., & Eisenberg, N. (2012). Prosociality: The Contribution of Traits, Values, and Self-Efficacy Beliefs. *Journal of Personality and Social Psychology*, 102(6), 1289-1303. doi: 10.1037/a0025626
- Caprara, G. V., Barbaranelli, C. B., Pastorelli, C., Bandura, A., & Zimbardo, Ph. G. (2000). Prosocial foundations of children's academic achievement. *Psychological Science*, 11(4), 302-306.
- Carlo, G. (2006). Care-based and altruistically based morality. En M. Killen & J. G. Smetana (Eds.), *Handbook of moral development* (pp. 551-579). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Carlo, G., Eisenberg, N., & Knight, G. P. (1992). An objective measure of adolescents prosocial moral reasoning. *Journal of Research on Adolescence*, 2, 331-349. doi: 10.1207/s15327795jra0204_3

- Carlo, G., & Randall, B. A. (2002). The Development of a Measure of Prosocial Behaviors for Late Adolescents. *Journal of Youth and Adolescence, 31*(1), 31-44. doi: 10.1023/A:1014033032440
- Carlo, G., Hausmann, A., Christiansen, S., & Randall, B. A. (2003). Sociocognitive and Behavioral Correlates of a Measure of Prosocial Tendencies for Adolescents. *Journal of Early Adolescence, 23*(1), 107-134. doi: 10.1177/0272431602239132
- Carlo, G., McGinley, M., Hayes, R., Batenhorst, C., & Wilkinson, J. (2007). Parenting Styles or Practices? Parenting, sympathy, and prosocial behaviors among adolescents. *The Journal of Genetic Psychology, 168*(2), 147-176. doi: 10.3200/GNTP.168.2.147-176
- Cherry, S. (2005). *Transforming Behaviour. Pro-social modelling in practice*. UK: William Publishing.
- Collins, W. A., Maccoby, E. E., Steinberg, L., Hetherington, E. M. & Bornstein, M. H. (2000). Contemporary Research on Parenting. The Case for Nature and Nurture. *American Psychologist, 55*(2). 218-232. doi:10.1037//0003-066X.55.2.218
- Darley, S., & Latané, B. (1968). Bystander intervention in emergencies: Diffusion of responsibility. *Journal of Personality and Social Psychology, 8*, 377-388.
- Darlington, P. J. (1978). Altruism: Its characteristics and solution (set and groupselection/kin selection/human evolution). *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America, 75*(1), 385-389.
- Delgado, B., Torregrosa, M., Inglés, C. J., & Martínez-Monteagudo, M. C. (2006). *Comportamiento prosocial en estudiantes españoles y extranjeros. Un estudio comparativo*. Ponencia presentada en el V Congreso Internacional Educación, Sociedad, noviembre-diciembre, Granada, España.
- Eisenberg-N., & Mussen, P. (1978). Empathy and moral development in adolescence. *Developmental Psychology, 14*, 185-186.
- Eisenberg, N., & Mussen, P. (2003). *The Roots of Prosocial Behavior in Children*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Eisenberg, N., Eggum, N. D., & Di Giunta, L. (2010). Empathy-related Responding. Associations with Prosocial Behavior, Aggression, and Intergroup Relations. *Social Issues Policy Review, 4*(1), 143-180.
- Eisenberg, N., Fabes, R. A., & Spinrad, T. L. (2006). Prosocial Development. En W. Damon & R. M. Lerner (Eds. in Chief) & N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, emotional, and personality development 6th ed.* (pp. 646-718). New York: John Wiley & Sons, Inc.

- Eisenberg, N., Sadovsky, A., & Spinrad, T. L. (2005). Associations of Emotion-Related Regulation with Language Skills, Emotion Knowledge, and Academic Outcomes. *New Direction. Child Adolescent Development*, 109, 109-118. doi: 10.1002/cd.143
- Elkins, S. R., Fite, P. J., Moore, T. M., J. E. Lochman, & Wells, K. C. (2014). Bidirectional Effects of Parenting and Youth Substance Use During the Transition to Middle and High School. *Psychology of Addictive Behaviors*, 28(2), 475-486. doi: 10.1037/a0036824
- Fabes, R. A., Eisenberg, N., Karbon, M., Bernzweig, J., Speer, A. L., & Carlo, G. (1994). Socialization of Children's Vicarious Emotional Responding and Prosocial Behavior Relations with Mothers' Perceptions of Children's Emotional Reactivity. *Developmental Psychology*, 30(1), 44-55. doi:10.1037/0012-1649.30.1.44
- Fetchenhauer, D., Flache, A., Buunk, A. P., & Lindenberg, S. (2006). *Solidarity and Prosocial Behavior: An Integration of Sociological and Psychological Perspectives (Critical Issues in Social Justice)*. New York: Springer.
- Fitzgerald, B. D. (1975). Self-Interest or Altruism: Corrections and Extensions. *The Journal of Conflict Resolution*, 19 (3) 462-479.
- Galambos, N. L., Barker, E. T., & Almeida, D. M. (2003). Parents do matter: Trajectories of change in externalizing and internalizing problems in early adolescence. *Child Development*, 74(2), 578-594. doi:10.1111/1467-8624.7402017
- Garaigordobil, M. (2006). Relevancia de la empatía en el desarrollo de la personalidad durante la infancia y la adolescencia. *Infocop Online - Revista de Psicología*. Recuperado el 20 de abril del 2007 http://www.infocoponline.es/view_article.asp?id=798
- Garaigordobil, M., y García, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema*, 18(2), 180-186.
- González, M. (1992). *Conducta prosocial: evaluación e intervención*. Madrid: Morata.
- Grusec, J. E., & Goodnow, J. J. (1994). Impact of parental discipline methods on the child's internalization of values: A reconceptualization of current points of view. *Developmental Psychology*, 30(4), 4-19. doi: 10.1037//0012-1649.30.1.4
- Haney, R. (1972). Avarice, Altruism, and Second Party Preferences. *The Quarterly Journal of Economics*, 86(1), 1-18. doi: 10.2307/1880490
- Hardy, S. A., Carlo, G., & Roesch, S. C. (2010). Links Between Adolescents' Expected Parental Reactions and Prosocial

- Behavioral Tendencies: The Mediating Role of Prosocial Values. *Journal of Youth & Adolescence*, 39, 84-95. doi: 10.1007/s10964-008-9383-7
- Hastings, P. D., Utendale, W. T., & Sullivan, C. (2008). The socialization of prosocial development. En J. E. Grusec & P. D. Hastings. *Handbook of Socialization. Theory and Research* (pp. 638-664). New York: The Guilford Press.
- Hoffman, M. L., & Levine, L. E. (1976). Early sex differences in empathy. *Developmental Psychology*, 12, 557-558.
- Hornstein, H. A., LaKind, E., Frankel, G., & Manne, S. (1975). Effects of Knowledge About Remote Social Events on Prosocial Behavior, Social Conception, and Mood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32(6), 1038-1046. doi: 10.1037/0022-3514.32.6.1038
- Inglés, C. J., Ruiz, C., García, J. M., Benavides, G., Estévez, C., Martínez, F., Torregrosa, M. S., & Pastor, Y. (2005). Tasas de popularidad, rechazo y olvido en estudiantes prosociales de E.S.O. En J. A. del Barrio, M. I. Fajardo, F. Castro, A. Díaz e I. Ruiz (Eds.), *Nuevos Contextos Psicológicos y Sociales en Educación* (pp. 323-335). Extremadura: PSICOEX.
- Janssen, J. H. (2012). A three-component framework for empathic technologies to augment human interaction. *Journal on Multimodal User Interfaces, Volume 6*, 3-4, 143-161. doi: 10.1007/s12193-012-0097-5
- Janssens, J., & Dekovic, M. (1997). Child Rearing, Prosocial Moral Reasoning, and Prosocial Behaviour. *International Journal of Behavioral Development*, 20(3), 509-527.
- Knafo, A., & Plomin, R. (2006). Parental Discipline and Affection and Children's Prosocial Behavior: Genetic and Environmental Links. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90(1), 147-164.
- Knafo, A., Israel, S., & Ebstein, R. P. (2011). Heritability of children's prosocial behavior and differential susceptibility to parenting by variation in the Dopamine D4 Receptor (DRD4) gene. *Development and Psychopathology*, 23, 53-67. doi: 10.1017/S0954579410000647
- Krebs, D. L. (1970). Altruism: An examination of the concept and a review of the literature. *Psychological Bulletin*, 73, 258-302. doi: 10.1037/h0028987
- Krebs, D. L. (1975). Empathy and altruism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 6, 1134-1146. doi: 10.1037/h0028987

- Kuhn, T. S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lansford, J. E., Criss, M. M., Laird, R. D., Shaw, D. S., Pettit, G. S., Bates, J. E., et ál. (2011). Reciprocal relations between parents' physical discipline and children's externalizing behavior during middle childhood and adolescence. *Development and Psychopathology*, 23, 225-238. doi: 10.1017/S0954579410000751
- Lee, D. Y., Kang, Ch. H., Lee, J. Y., & Park, S. H. (2005). Characteristics of Exemplary Altruists. *Journal of Humanistic Psychology*, 45(2), 146-155. doi:10.1177/0022167805274954
- Levine, L. E., & Hoffman, M. L. (1975). Empathy and cooperation in 4-year olds. *Developmental Psychology*, 4, 533-534. doi:10.1037/h0076680
- Malti, T., Gummerum, M., & Buchmann, M. (2007). Contemporaneous and 1-Year Longitudinal Prediction of Children's Prosocial Behavior from Sympathy and Moral Motivation. *The Journal of Genetic Psychology*, 168(3), 277-299. doi: 10.3200/GNTP.168.3.277-300
- Marín, M., & Muñoz, G. (2002). *Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles*. Bogotá D.C: Universidad Central, Siglo del Hombre.
- Mestre, M. V., Samper, P., Tur, A., & Díez, I. (2001). Estilos de crianza y desarrollo prosocial de los hijos. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54(4), 691-703.
- Mestre, M. V., Tur, A., Samper, P., Nácher, M. J., y Cortés, M. T. (2007). Estilos de crianza en la adolescencia y su relación don el comportamiento prosocial. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39(2), 211-225.
- Miles, T. J. (2006). The social life of Japan's adolechnic. En P. Nilan & C. Feixa, *Global Youth? Hybrid Identities, Plural Worlds* (pp. 91-110). New York: Routledge.
- Miles, S. B., & Stipek, D. (2006). Contemporaneous and Longitudinal Associations Between Social Behavior and Literacy Achievement in a Sample of Low-Income Elementary School Children. *Child Development*, 77 (1), 103-117.
- Nilan, P., & Feixa, C. (2006). Introduction: Youth hybrid and plural worlds. En P. Nilan & C. Feixa, *Global Youth? Hybrid Identities, Plural Worlds* (pp. 1-13). New York: Routledge.
- Padilla-Walker, L. M., & Carlo, G. (2007). Personal values as a mediator between parent and peer expectations and adolescent behaviors. *Journal of Family Psychology*, 21, 538-541. doi: 10.1037/0893-3200.21.3.538

- Padilla-Walker, L. M., McNamara, C. C., Carroll, J. S., Madsen, S. D. & Nelson, L. J. (2008). Looking on the bright side: The role of identity status and gender on positive orientations during emerging adulthood. *Journal of Adolescence*, 31(4), 451-467. doi: 10.1016/j.adolescence.2007.09.001
- Pearl, A. M., French, F. B., Dumas, J. E., Moreland, A. D., & Prinz, R. (2014). Bidirectional Effects of Parenting Quality and Child Externalizing Behavior in Predominantly Single Parent, Under-Resourced African American Families. *Journal of Child & Family Studies*, 23, 177-188. doi: 10.1007/s10826-012-9692-z
- Pedersen, P. E. (2002). *The adoption of text messaging services among Norwegian teens: development and test of an extended adoption model. Foundation for Research in Economics and Business Administration, Bergen, Norway*. Recuperado el 23 de marzo del 2006 de <http://www.ikt.hia.no/perep/publications.htm>
- Sim, T. N., & Koh, S. F. (2003). A domain conceptualization of adolescent susceptibility to peer pressure. *Journal of Research on Adolescence*, 13, 57-80. doi: 10.1111/1532-7795.1301002
- Simon, H. A. (1993). Altruism and Economy. *The American Economic Review*, 83(2), 156-161.
- Skinner, E., Jonhson, S., & Snyder, T. (2005). Six Dimensions of Parenting. A Motivational Model. *Parenting: Science and Practice*, 5(2), 175-235. doi: 10.1207/s15327922par0502_3
- Smith, K. D., Keating, J. P., & Stotland, E. (1989). Altruism Reconsidered: The Effect of Denying Feedback on a Victim's Status to Empathic Witnesses. *Journal of Personality and Social Psychology*. 57(4), 641-650.
- Stiefken, J. P. (2008). *Altruismo y solidaridad en el Estado de Bienestar*. Treball de Recerca de Doctorat, Departament de Sociologia, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Trivers, R. (1971). The evolution of reciprocal altruism. *Quarterly Review of Biology*, 46, 35-57.
- Valiente, C., Eisenberg, N., Fabes, R. A., Shepard, S. A., Cumberland, A., & Losoya S. H. (2004). Prediction of Children's Empathy-Related Responding From Their Effortful Control and Parents' Expressivity. *Developmental Psychology*, 40(6), 911-926. doi: 10.1037/0012-1649.40.6.911
- Velásquez, A. M., Barrera, F., y Bukowski, W. (2006). Crianza y comportamiento moral: un modelo mediacional. *Suma Psicológica*, 13(2), 141-158.

Welsh, M., Parke, R. D., Widaman, K., & O'Neil, R. (2001). Linkages between children's social and academic competence. A longitudinal analysis. *Journal of School Psychology, 39*(6), 463-481. doi: 10.1016/S0022-4405(01)00084-X

Wentzel, K. R. (1991). Social Competence at School. Relation between Social Responsibility and Academic Achievement. *Review of Educational Research, 61*(1), 1-24.

Wentzel, K. R. (1993). Does being good make the grade. Social behavior and academic competence in middle school. *Journal of Educational Psychology, 86*, 357-364. doi: 10.1037/0022-0663.85.2.357

Wentzel, K. R., & McNamara, C. C. (1999). Interpersonal relationships, emotional distress, and prosocial behavior in middle school. *Journal of Early Adolescence, 19*, 114-125.

Wentzel, K. R., Barry, C. M., & Caldwell, K. (2004). Friendships in middle school: Influences on motivation and school adjustment. *Journal of Educational Psychology, 96*, 195-203. doi: 10.1037/0022-0663.96.2.195

Wentzel, K. R., Filisetti, L., & Looney, L. (2007). Adolescent Prosocial Behavior: The Role of Self-Processes and Contextual Cues. *Child Development, 78* (3), 895-910.

Wyatt, J. M., & Carlo, G. (2002). What will my parents think? relations among adolescents' expected parental reactions, pro-social moral reasoning and prosocial and antisocial behaviors. *Journal of Adolescent Research, 17*, 646-666. doi: 10.1177/074355802237468